

Curso: Descubrir la espiritualidad ignaciana 2

Transcripción de la conferencia
de Toni Catalá
Centro Arrupe de Valencia

Yo lo que me quedaría de la sesión anterior, en una introducción a la espiritualidad ignaciana, es cómo Ignacio está pasando, en un contexto cultural y antropológico, de los códigos de honor caballerescos y de una religión, diríamos, estatutaria -y no es un juicio de valor, del cumplimiento de la norma de los códigos éticos y morales, etc., a un hombre que va descubriendo la interioridad, la subjetividad. Esto le va a traer problemas a Ignacio, va a ser un tema de conflicto durante tiempo. Porque de alguna manera hay cierto pavor o miedo de que la persona esté alucinando o inventándose el contenido de la fe. Pero Ignacio es un hombre que aprende a escuchar el paso del Señor por su vida. Y esto en el lenguaje de Ignacio son las *mociones que en el ánimo se causan* (llamémosle *moción, sentir, emoción, afecto, sentires*), en contraposición, diríamos la pura racionalidad, a la pura razón.

A mí me gusta decir que Ignacio es un *hombre de afectos*, como os dije. Ya en Roma cuando Ignacio empieza a dar Ejercicios y los da al cardenal Contarini, que fue uno de los que más ayudó a que se aprobaran los Ejercicios como camino de espiritualidad, Contarini dirá: “Por fin he conocido a un maestro de los afectos”.

Ignacio, en un primer momento, en todo ese proceso de Loyola, va escuchando *las mociones que en el ánimo se causan* y experimenta como un doble movimiento: (1) sentires que le llevan a un camino de alegría, de pacificación, de seriedad y (2) sentires que le llevan por un camino de tristeza, de asfixia. Como he dicho siempre, quedaros más con la música que con la letra. Pero ya en la jerga ignaciana, la *consolación es el don del espíritu, y la desolación son los enredos y las trampas*, dirá él, *del mal caudillo* en su imaginario. Hoy podríamos decir tranquilamente: los propios autoengaños, las trampas del yo y las trampas que la misma realidad nos pone.

Otro punto clave también en una introducción a la espiritualidad de Ignacio, que dije, que después se ha prestado y se sigue prestando hoy a mucha confusión. Esta constatación de sentires, esta constatación de afectos, es un lenguaje fenomenológico. Yo siento, yo constato, yo constato un sentir o constato otro sentir, pero no son dos realidades con la misma fuerza ontológica. Esto me parece fundamental. Porque ahora veremos en la experiencia de Ignacio y no solo en la de Ignacio, los riesgos de caer siempre en dualismos, maniqueos o en dualismos gnósticos: un espíritu del bien y un espíritu del mal. Y eso, con todo el riesgo de caricatura, supone creer en un Dios bueno y en un Dios malo. Y esa no es la fe de la iglesia. Esto no lo me cansaré de repetirlo. Porque si la desolación tuviera tanta fuerza como la consolación, estaríamos abocados al fatalismo y esto será recurrente a lo largo del curso, porque Ignacio nunca lo olvidará: la consolación *para recibirla*, porque es un don del resucitado. En él nos movemos, existimos y somos y hoy es tiempo de gracia. La *desolación para lanzarla*, con la *ayuda del Espíritu que nunca nos falta, aunque no lo sintamos*, dirá él. Esto, ahora no entro, tiene incidencias. Supone no caer en la trampa, el infantilismo de creer que el seguimiento de Jesús es, como suelo decir, deslizarse por un tobogán como el niño se desliza. Pues no, el seguimiento del Señor es un regalo, es un gozo, pero tiene *mucho de combate espiritual*. A mí la palabra combate no me acaba de hacer feliz. Es un término clásico, pero es que tiene un

momento de verdad irrenunciable. Me da igual como lo llaméis, el señor nos invita, pero algo tenemos que poner de nuestra parte. Y en ese sentido, la desolación es para lanzarla. Esto es lo que va aprendiendo Ignacio en Loyola. Pero Ignacio es un hombre que a partir de ahí va cayendo en la cuenta de que su vida se ha configurado, como dirá él en su lenguaje, muy dado a las cosas del mundo. Y es que va Ignacio percibiendo que todos sus códigos de comportamiento y de ubicación en la vida estaban muy marcados por los códigos de honor, por el vano honor del mundo. Esto en un lenguaje más nuestro sería cuando yo me siento *atenazado por el qué dirán, por la imagen*. En el fondo, el honor es el reconocimiento del otro. Y si a algo tienen pavor en este contexto cultural es la pérdida del honor. Ignacio es un hombre, no militar, como os dije por la existencia de un imaginario ambienta-cultural, sino de corte. Entonces iba todo junto, pero yo creo que es más un hombre de corte, muy configurado, digo, por el honor, por la relevancia social, por la opinión, la imagen del otro sobre mí, etc. Ignacio es lo que eso va viendo que se le va. Ahí hay un proceso de reestructuración interior, de cambio de figura de conciencia, diríamos. Ignacio va viendo que ese camino le conduce a la tristeza, al tedio, al hastío del mundo, e Ignacio va percibiendo otro modo de estar. Y ahí Ignacio se pone en marcha. Ignacio es el *peregrino*. Ignacio se va de Loyola en parte por un proceso de búsqueda interior, de peregrinaje y se tiene que marchar porque el contexto de Loyola, aunque es verdad que ahí el mama bastante, o sea, incorpora dimensiones por medio de su hermana, por medio de un contexto de espiritualidad franciscana. Loyola no deja de remitirle día a día a su vida anterior. No deja de remitir, pues, a las expectativas de la casa de Loyola sobre él. Por eso sus hermanos no entenderán la marcha de Loyola, que cambie de trayectoria, que cambie de rumbo. Pero Ignacio realmente se pone en camino, de tal manera que, como sabéis, él mismo se va a autodefinir como *el peregrino* de la Autobiografía, que es la dimensión *exódica* del seguimiento. Ahí me parece que hay una dimensión que, de un modo u otro, todo seguidor y seguidora de Jesús vive. No tanto en un peregrinaje a veces externo, pero sí que el seguimiento del Señor de alguna manera, nos saca de nuestras casillas. En un momento Ignacio lo dirá bien, claro: *me saca de mi propio amor, querer e interés*. El seguimiento te va poniendo en dimensión, yo diría, *exódica*. En la tradición judeocristiana una de las experiencias fundamentales es esa dimensión *exódica* y de desierto. *Salir de*, yo lo formulo como *salir de*. De alguna manera, si nosotros miramos nuestra propia biografía, vemos efectivamente que *el seguimiento es dinámico*. Si echas la vista atrás, traes a la memoria -traer a la memoria es muy de Ignacio- y traes a la memoria con una memoria afectiva, con una memoria con mucho afecto, dice Ignacio, efectivamente ves que nuestras propias biografías son biografías dinámicas. Estoy hablando ahora como seguidor de Jesús.

Ignacio sale de Loyola y ahora viene el periodo de Manresa, que es en el que me quiero centrar hoy. En los itinerarios ignacianos vitales, Loyola es un momento nuclear, pero aún incipiente. Es un momento, repito, en que Ignacio está entrando ya en un proceso de *emergencia del yo*, como os decía, de aprender a *escuchar-se*, de aprender a leer las mociones que se causan.

Ignacio se pone en camino, de búsqueda, de peregrinaje, porque él ya percibe que en su vida ha habido caminos que son un viaje a ninguna parte. Ahora, pues, me quiero centrar en Manresa. Para que os situéis cronológicamente, os decía que Ignacio nace en el 91 (1491), pues en Manresa va a estar 11 meses decisivos de su vida. De tal manera que él siempre dirá que Manresa fue su iglesia primitiva y fue el lugar donde el Señor *le enseñaba como un*

maestro de escuela enseña a un niño. El periodo de Manresa va del 25 de marzo, que llega Manresa, en 1522 hasta febrero de 1523, 11 meses decisivos. No hay que olvidar nunca que Manresa está a los pies de Montserrat.

Montserrat es el gran monasterio, la tradición benedictina. Han tenido y tienen un gran abad, Jiménez de Cisneros. O sea, es un monasterio de una influencia espiritual notable en tiempos de Ignacio. Ahí estará el Ejercitatorio de Cisneros (*Ejercitatorio de la vida espiritual*, obra clave de la literatura mística española escrita por García Jiménez de Cisneros en 1500), que va a ser uno de los “manuales”, aunque creo que es algo más que un manual, que va a marcar mucho lo que en Ignacio será su experiencia espiritual, que después va a decantar en los Ejercicios. Ignacio subirá a Montserrat más de una vez. Allí estará Shanon, un monje que va a ser decisivo en el acompañamiento espiritual de Ignacio. Porque cuando entonces decían que iban a confesarse y estaban 4 días confesándose, no caigamos en la trampa de que es 4 días contando pecaditos. Esto sería una caricatura. En el contexto este, *subir a confesar* sería *subir a contrastar*, metéis ahí lo que queráis, la confesión, el diálogo espiritual, el contraste. Ignacio tuvo mucha influencia de Montserrat.

Me quiero centrar en un proceso clave que se da en Manresa. Ignacio dirá que ese proceso vital le cambió la perspectiva vital, que en la jerga ignaciana llamamos *La ilustración del Cardoner*. En la jerga de la espiritualidad ignaciana ya es un término técnico, diría yo. Cuando ya estás metido un poquito la espiritualidad ignaciana, qué se está diciendo con la Ilustración del Cardoner,

Estaba allí viviendo en esa fase, como os dije, de converso, haciendo sus penitencias, dice que yendo un día al convento de San Pablo, de los dominicos [yo hice la última etapa de formación en Manresa y estos lugares me dan mucha devoción, porque más o menos vas adivinando por dónde, por qué caminos andaba Ignacio]. Dice, pues, que en un momento que iba hacia el convento de San Pablo, en donde el río iba bajo, y es verdad, tuvo lo que hoy en nuestra jerga diríamos una experiencia mística fundante. Esto no debe sorprender siempre que perdamos miedo a la palabra *mística*, una palabra imprescindible. Lo que pasa es que la tenemos muy contaminada, pero es una experiencia fundante. Dice en la Autobiografía:

“Una vez iba por su devoción a una iglesia que estaba poco más de una milla de Manresa, que creo yo que se llama San Pablo, y el camino va junto al río; Y yendo así en sus devociones, se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado, se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; [Y ahora dice algo para mí clave y no para mí, para los comentaristas. Os pongo después dos artículos que os habrán llegado, que ya os comentaré de Díaz Baizán y de Meloni, que son dos perspectivas] y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales como de cosas de fe y de letras. Y esto con una ilustración tan grande que le parecían todas las cosas nuevas”.

No tuvo visión de cosa alguna. Cuando tuvo visiones lo dejamos para los jesuitas psicoanalistas que han estudiado muy bien las visiones de Ignacio en Montserrat. A mí me gusta decir que, en el lenguaje llano, muchas de esas visiones eran alucinaciones porque el hombre pasaba hambre y estaba desquiciado, pero no tuvo visión de cosa alguna. Esto me parece fundamental por la incidencia que va a traer en su propia ubicación en la vida. No tuvo visión de cosa alguna, sino que vio la realidad *con una inteligencia nueva*. Pero a mí me gusta más decir cuando él esto se lo comenta a Laínez, porque Ignacio era muy parco de expresión,

como buen vasco; era muy reservado y a veces había que sacar las cosas así... Laínez fue uno de los primeros compañeros de Ignacio, que después sería el segundo general de la Compañía. Fue una pieza clave en los orígenes de la Compañía y en París, ya veremos lo que supuso París y la universidad para Ignacio y los primeros compañeros. Así pues, Laínez dice que Ignacio le comentó aquella experiencia de Manresa y me parece sugerente lo que dice. Laínez dice que Ignacio le dijo que *no lo vio con una inteligencia nueva*, sino que *lo vio todo con ojos nuevos*. Y aquí subrayo algo propio de la espiritualidad ignaciana: lo vio *todo*. Este *todo* traerá sus incidencias, y os lo adelanto, porque *la espiritualidad ignaciana no prima ningún ámbito de realidad*. Y esto es novedoso, no prima ningún ámbito de realidad. De tal manera, ya veréis, a medida que avancemos en el curso, cuando lleguemos un poquito al final y os comenté la *Contemplación para Alcanzar Amor*, que es donde en Ejercicios condensa toda su experiencia espiritual. Volverá a lo mismo de pedir gracia de tanto, tanto bien recibido para que *en todo reconociendo*, en todo, en todo; en *todo amar y servir*, en todo. Ese *todo* en este momento quiere decir que Ignacio dice que lo vio *todo* con ojos nuevos. Por lo tanto, es una mirada complexiva (que contempla o comprende algo totalmente), totalizante. Ahora os comentaré una manera como os propone Díaz Baizán (que ya murió, por cierto un buen compañero), en ese artículo que os he mandado, que es por donde podemos barruntar qué quiere decir Ignacio con que *lo vio todo con ojos nuevos*. Pero esto sí que va a traer incidencias cuando digo que la espiritual ignaciana no prima ningún ámbito de realidad, Ignacio no cae en la trampa de *separar lo que el Cristo vino a unir*. Esto es una expresión, doy un salto lírico, de cuando la crisis nestoriana en el Concilio de Éfeso: *no separemos lo que el Cristo vino a unir*. Y es que nuestra tendencia, bueno, al fin y al cabo, en Europa somos Jerusalén y Atenas, que dice Habermas, pero nuestra tendencia es dualista. Estoy en el todo, nuestra tendencia es al dualismo. Esto es vertical, esto es horizontal; esto es natural, esto es sobrenatural; esto es acción social, esto es acción pastoral; esto es humano, esto es divino; esto es espiritual, esto es material. Siempre separando lo que el Cristo va a unir. Ese dualismo es tremendamente peligroso y yo creo sinceramente que lo que Ignacio tiene como experiencia fundante en Manresa, es una experiencia de percepción, hoy diríamos y no me quiero perder en palabras, más holística, más totalizante. Es un Ignacio que lo vio todo con unos *ojos nuevos*. A mí me conecta más bíblicamente la *expresión ojos nuevos*. Fijaros que en el fondo la espiritualidad es un modo de percibir la vida y la realidad, y eso lleva a un modo de estar. Y lo que os voy a decir no es un trabalenguas, sino que os invito a que lo penséis y veréis cómo por ahí podemos ir barruntando [ininteligible, se supone que dice] qué percepción de Dios tengo, incluso diría, aunque no sea creyente. Pero él no creyente cuando oye la palabra Dios también se imagina algo, culturalmente hablando. Según qué percepción de Dios tengo, percibo la vida de un modo o de otro. Las *percepciones de Dios* y *percepciones de realidad* son dos caras de una misma... y según percibo la vida, me ubico en la vida de un modo o de otro. Y según, esto genera unas prácticas o genera otras. Es decir, lo digo ya desde la espiritualidad ignaciana, según qué percepción tengo de Dios, percibo la vida de un modo o de otro y según percibo, me ubico y según me ubico, genero unas dinámicas o genero otras. Y en ese sentido, la espiritualidad ignaciana en coherencia con la gran tradición judeocristiana, como os dije, y esto no es contra ninguna otra tradición espiritual. La tradición judeocristiana, citando a Scholem (Gershom Scholem 1897-1982), que es el gran historiador judío de la mística judía, en su obra *Las grandes tendencias de la mística judía* (ISBN 978-84-7844-313-0), interior y

exterior están siempre en interacción. Ya digo, no es contra nadie, pero sí que esto lo tengo que decir bien claro, o sea, la constatación de la gran tradición espiritual judeocristiana, en la que Ignacio está, porque toda la experiencia interior se hace en un contexto cultural y pones palabra desde tu contexto cultural, es que interior y exterior están en interacción. Y por eso Ignacio nos dirá que lo vio todo con una claridad nueva, pero sigue lo de interior y exterior.

Y dice:

[...] de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasados 62 años, comparando todas las ayudas que haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las junte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto como de aquella vez sola.

Insiste otra vez en que aquello fue una experiencia totalizante en ese sentido y que le marcó ya para siempre. Claro, aquí enseguida viene un tema que pasa siempre que lees a un místico. Viene un cierto morbo de preguntar qué pasó allí. ¿Esto fue una alteración de percepción? ¿Esto qué fue? Yo no sé lo que fue, yo sé las incidencias que trajo. Haciendo analogía pasa con los relatos de encuentro en los evangelios. Cuando se tiene la experiencia de algo que me viene de fuera, “el Señor se nos ha dejado ver”, eso trajo incidencias en el modo de estar en la vida. Yo creo que lo que ahí se está jugando es una *dinámica contemplativa de la vida*. Me atrevo a decir que lo que tuvo Ignacio en el Cardoner fue una *percepción totalizante y contemplativa* en la que el yo deja de estar como centro y medida última de todas las cosas, para sentirse realmente conmovido por el Dios-Trinidad y por la obra de sus manos, por la creación. Es una percepción contemplativa.

Lo repito siempre, porque a veces parece que esto sea para élites, pero creo que la dimensión contemplativa la tenemos todos vivida de un modo o de otro. Otra cosa es que la tengamos que seguir cuidando. Ignacio es un hombre que hasta el Cardoner ha estado a vueltas consigo mismo. Ahora en el Cardoner se abre a una percepción que yo diría *que le viene de fuera*. O sea, que ya no es algo que le surge desde sus propias percepciones y mociones, sino que es algo que le conmueve porque tiene una percepción que le llega del todo.

Contemplar, aunque sea así como muy para andar por casa, pero en Ejercicios lo digo y la gente me entiende, sé que en la oración hacemos lo que buenamente podemos. Esto yo nunca me cansaré de repetirlo y ya no me planteo mucho qué es la oración. Yo solo sé que hay hombres y mujeres que intentamos orar.

San Ignacio cuando nos presenta lo vivido en Manresa, de alguna manera articulado ya en los Ejercicios, dejando aparte las devociones particulares y populares, que son muy respetables, a niveles personales sabéis que distingue entre *meditación y contemplación*.

En la tradición de Ignacio, cuando él propone maneras de orar a otros, hay una percepción de la oración que es *meditativa*, y ahí es cuando en la jerga del momento se activan las potencias clásicas: la memoria -traer a la memoria, el afectarse -la voluntad, el entender una oración más meditativa.

Es curioso que cuando Ignacio a la oración le llama *meditación* no presenta ninguna escena de la vida de Jesús. O sea, cuando la oración es meditativa, diríamos que el gran texto de la oración es la *propia biografía*, o sea, esa carta que el Espíritu escribe en el corazón de cada uno. En la primera semana de Ejercicios, de hecho, San Ignacio no da ningún texto bíblico. Hoy sí, hoy damos ejercicios, manejamos la escritura de una manera distinta al XVI,

De hecho, en los primeros días de Ejercicios, san Ignacio no da ningún texto bíblico. Lo único que hace son referencias al pecado de los padres cuando habla del pecado. Hay que caer en la cuenta de esto porque es significativo. En cambio, repito pretendidamente, que cuando hablo de Ejercicios digo que es la decantación de su experiencia vivida en Manresa, cuando Ignacio presenta una escena de la vida de Jesús, por lo tanto, algo que te viene de fuera por un contexto traditivo, por una palabra bíblica, entonces Ignacio *a la oración le llama contemplación*. Y esto tiene su miga, cuando hay algo que te viene de fuera, y en el Cardoner algo le vino de fuera, y lo que le vino de fuera fue lo que después en muchas tradiciones teológicas cristianas y judías se ha decantado en el triángulo *Dios, mundo, hombre*. ¿Y esto por qué digo que tiene su miga? Porque la contemplación sí que nos reubica, la contemplación sí que te mueve de tal manera que te va configurando, te va remodelando, te va modulando, te va reubicando.

No sé si os puse el ejemplo, pero para mí es obvio y de esto todos tenéis experiencia. Fijaros que ahora me meteré ya en donde Ignacio está haciendo el cambio en Manresa de dejar de escuchar el yo a abrirse a la configuración de algo que le viene. Y es que cuando yo contemplo la maravilla de la naturaleza [Recuerdo hace 3 años, el último viaje que hice por allá, por Chile, Argentina. Era un día clarísimo, estaba sentado en la ventanilla y me quedé conmovido contemplando en tal maravilla. Y lo que voy a decir lo digo con humor, pero tremendamente en serio. A mí no se me pasó en absoluto por la cabeza pensar si yo hubiese podido crear tal maravilla. Es que no he llegado a tal grado de prepotencia, de narcisismo y deterioro enfermizo del yo. Yo contemplo aquello y aquello me conmueve. Recuerdo la primera vez que contemplé el Cristo de Velázquez en el Prado. Yo me quedé conmovido y os aseguro que no se me pasó mínimamente por la cabeza plantearme si yo hubiese podido crear tal maravilla, pintar tal maravilla. No he llegado a ese deterioro personal, gracias a Dios, de poner el yo por medio y medirme con Velázquez. Recuerdo la primera vez que escuché, ya con una cierta seriedad, el *Réquiem* de Mozart, que me pone los pelos de punta. A mí no se me ocurrió en ningún momento plantearme si yo hubiese podido componer tal maravilla.

La contemplación te va sensibilizando, la contemplación va modelando tu sensibilidad y ahora entendemos, o yo entiendo, por qué Ignacio cuando nos presenta una escena de la vida de Jesús llama a la oración *contemplar*, porque en el fondo lo que está diciendo Ignacio es *déjate conmover*. Y ahora yo añado que todo esto me parece fundamental en la espiritualidad ignaciana. Todo lo que aquí se está cocinando es *déjate conmover y no metas tu yo por en medio para medirte con el Señor*. Creo que hay experiencia mística en este sentido ignaciano de dejarse conmover, de dejarse modelar por aquello que me llega, y es cuando el yo deja de ser el centro.

¿Qué quiere decir que el yo deja de ser el centro? Aquí se da, para mí, un cambio de paradigma fascinante que nos mete de lleno en la gran tradición nuestra creyente. Y es lo que de alguna manera dije que Ignacio aquí va a ir sanando y liberando como proceso, pero la visión del Cardoner es nuclear. Y es que Jesús no es un modelo a imitar. Y ahí estamos muy configurados, por lo menos en el cristianismo, por razones de historia de la espiritualidad y de la teología en las que ahora no voy a entrar. Lo que yo suelo decir que esto nos impide, si no lo vamos sanando, entender a Ignacio, entender la espiritual ignaciana, ni otras tampoco. Jesús no es un modelo a imitar, un mala teología de la imitación, subrayo mala, porque en según qué ambientes digo esto y enseguida me viene la argumentación, el problema y el

cuestionamiento. Una deficiente teología, cuando digo deficiente, en la jerga teológica es porque hay un déficit de pneumatología y de percepción trinitaria.

Si Jesús es un modelo a imitar, el yo es el centro. No nos engañemos, el yo es el centro. Yo hago, yo me he dormido en la oración, yo me he comprometido, yo no he acabado de hacer lo que debía hacer. Me duele ver que muchos cristianos, en los ambientes que me muevo, no disfrutan de la alegría del Evangelio. El Evangelio como imperativo y en el fondo es una trampa del yo: yo he de hacer, yo de hacer. Que en el fondo, sabéis lo que siempre hay detrás de estas percepciones de Dios. Cuando son de imperativo, en el fondo son *contractuales*. No estamos liberados de la ley, que diría Pablo. Fijaros que lo que Jesús nos va a desatar, gracias a Dios, y este Ignacio le vino gratuitamente, lo que Jesús va a desatar precisamente es la relación contractual con Dios. A la Ley le doy toda la nobleza de la expresión. Cuando la relación con Dios está mediada por la ley, está mediada por el imperativo, en el fondo no salgo del pecado del ámbito religioso, que también desmadejó San Pablo en la Carta a los Romanos. No salgo de, no libero que, en la relación contractual con Dios, en la relación de imperativo, el importante soy yo, que es el drama del ámbito religioso. Y cuando digo que es el drama, estoy diciendo que Dios en el fondo es una variable dependiente de mi comportamiento, que el importante soy yo: “Dios, si me porto bien, me premias; si me porto mal, me castigas, pero yo te marco el ritmo”. Es lo de la viña: “si trabajo una hora, me pagas una hora”. Y la soberanía de Dios: “¿es que yo no puedo hacer lo que quiera con lo mío? Yo creo que por ahí va el cambio. La contemplación te va conmoviendo, te va cambiando de código y vas abriéndote al ámbito de la gratuidad. &

Pero claro, aquí detrás hay percepciones de Dios. Y por eso Ignacio, en Manresa, es un hombre que es un laico, que no ha pasado aún ni por Alcalá, ni por Salamanca, ni por París. Es un laico y más bien, como vimos, un hombre configurado por unos códigos muy... Pero aquí va teniendo la gracia de que Ignacio va descubriendo que nuestro Dios, este Dios que le hace percibir todo con ojos nuevos, en que el yo se va retirando para dejarse conmover, pero ya no marca el ritmo... ¿? Y es cómo en el Cardoner y después del Cardoner, Ignacio va entrando en el ámbito de la percepción trinitaria de Dios, lo que me parece fundamental. La espiritualidad de Ignacio es radical y totalmente trinitaria, y esto ahora entro en ello porque puede parecer, dicho así, una ociosidad. Aquí hay un irrenunciable para mí que hoy se me ha problematizado y mucho. Porque Ignacio va percibiendo que Dios es un ámbito de compasión y de gratuidad. No es ese dios que es el correlato de mi contrato moral. Esto lo podría decir de varias maneras, pero yo creo que por ahí va la percepción de Ignacio totalizante, un cambio de código. Soy consciente que hoy decir hoy Trinidad Santa está problematizado, lo digo con mucho dolor, por contexto cultural, por historia de la teología y por este cristianismo que estamos haciendo aquí en Europa, tan de pérdida de tiempo eclesial. A los cristianos se nos van siempre las energías en debates intraeclesiales y estamos perdiendo la potencialidad de la gran tradición de los cristianos.

Esto lo digo porque cuando Ignacio nos presente una concreción de todo esto que estoy diciendo en una contemplación concreta, veréis que Ignacio esto lo tiene presente porque no hay otra. Yo lo que os pediría ahora y lo que queda de sesión es que no nos bloqueáramos. Yo sé que esto no es un curso de teología, pero sí que hay dimensiones que tenéis que “salvar la proposición” que diría San Ignacio. Que lo que yo diga lo toméis por la mejor parte. Pero

claro, nosotros somos europeos, somos hijos de la Ilustración para lo bueno y para lo malo, más para lo bueno.

Esta percepción de Dios está totalmente problematizada. Os lo digo desde varios flases. Le tengo que dar la razón a Kant todos estos años explicando cristología, cuando Kant en su obrita *El conflicto de las Facultades*, decía que hay tres facultades que impiden la ilustración del pueblo: la facultad de Medicina, la de Derecho y la de Teología. La facultad de Medicina por el poder sobre los cuerpos. La facultad de Derecho por el poder sobre las relaciones sociales y la facultad de Teología por el poder sobre las almas. Como buen ilustrado es crítico. En esa obrita dice que al discente de teología, al alumno de teología, le da igual que en la Trinidad haya tres, cuatro, o seis personas. Porque del dogma de la Trinidad no se deriva ninguna verdad práctica. Esto lo retoma en otra clave crítica el padre Rahner, en la conjetura de Rahner¹. Rahner, el teólogo jesuita, uno de los teólogos más potentes del siglo XX. Rahner tiene la conjetura que también, si somos honestos, se le tiene que dar la razón. Es que de la literatura religiosa y cristiana que manejamos, si desapareciera la Trinidad, la mayoría de esa literatura quedaría en pie. Pues porque estamos configurados ya por una tradición y por más razones. A mí me pone los pelos de punta, pero eso es por deformación profesional o porque no nos habíamos sabido explicar, que en muchos ambientes cristianos que yo me muevo, tienes que hacer de tripas corazón, que decimos por aquí, y aguantar mecha por las de boberías que tienes que oír. Por ejemplo, yo pronuncio la palabra *dogma* en muchos ambientes y la gente ya se me pone así. Bueno, pues yo ahí repito aquello de Chesterton: “no me intimidan esos jóvenes que dicen que el dogma es un atentado a la razón, cuando no se han molestado en utilizar la mínima parte de ella en entender que es un dogma”. Entonces, por todos los frentes esto se nos ha problematizado. Después viene una mala digestión del diálogo interreligioso, que cuando te descuidas se desplaza hacia una especie de sincretismo baratito, y claro, hablar de la Trinidad, pues... Es un tema que hoy se nos ha hecho muy complejo. Si esto fuera una clase de teología, tendría que entrar con más calma. Pero en cambio, pues la Trinidad toca el núcleo de la gran tradición cristiana. Yo no puedo acercarme a un judío y a un musulmán diciéndole que esto de la Trinidad los cristianos lo tenemos ya superado. Hombre, lo primero que me van a decir es que no le tome el pelo usted y sea honesto con mi propia tradición, que nos pasamos el día rezando en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, y siguen bautizando en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Volviendo a Ignacio. Le diría a Kant que del dogma de la Trinidad se deriva una tremenda verdad práctica, y es que nuestro Dios es un ámbito de *compasión* y *se implica compasivamente en la obra de sus manos*. Esto las teologías burguesas europeas nunca lo entenderán. En Europa seguimos muy anclados en el éxito que tuvo el liberal teológico (no confundir *liberalismo teológico* con *teología de la liberación*, que no tiene que ver). El liberalismo lo expreso en aquellas conferencias de Harnack, que fue el gran historiador del dogma en 1900, dadas en Berlín y enseguida se tradujeron a un montón de lenguas. Aquí en España las tradujo una editorial protestante de Barcelona y en 1904, que son la esencia del cristianismo, tuvieron un gran éxito. Estaba en plena *Bell Époque*, que va entre 1870, es el

¹ El término "conjetura" en el contexto de la teología de Karl Rahner se refiere a hipótesis o supuestos que buscan ser contrastados dentro de su marco teológico, especialmente en lo que respecta a la comprensión de la fe. Rahner utilizaba el término para referirse a ideas que, aunque no declaradas dogma por la Iglesia, permiten a los teólogos reflexionar sobre cómo se determina la comprensión de la fe.

final de la guerra franco-prusiana, hasta el 14 con la primera guerra. Es el momento de la *Belle Époque*, del gran avance tecnológico, científico, etc., que poco menos se pensaba que estaban tocando el cielo. Y ahí es donde Harnack hace aquella afirmación que tuvo éxito de que en la Teología no cabe la Cristología, y menos la Trinidad, porque el Evangelio, dice Harnack, se reduce *al palacio ideal en el que habita la gran dignidad de la persona humana y la bondad de Dios*. El Evangelio se reduce a la revelación de la bondad de Dios y la inmensa dignidad de la persona humana. Pero Harnack es el primer intelectual alemán que firmó el manifiesto para entrar en la primera guerra. Y ahí es donde el gran teólogo suizo Karl Barth, calvinista, reaccionó con su famoso grito: “¡NO! Yo no puedo compartir una teología, ni una exégesis, que lleve y acabe en esto”.

Dicho esto, para volver al tema, el Evangelio no se reduce al palacio ideal que revela la dignidad de la persona y la bondad de Dios. El Evangelio también nos habla de traición, de vileza, de vulnerabilidad, de vidas indefensas, de mujeres manchadas, de ninguneados, de pecadores, de abatidos... Nos habla de crucificado, de crucificados, de cireneos... O sea, el Evangelio me está hablando también de unas dimensiones de la condición humana que desde un despacho europeo burgués son imposibles de percibir.

No hay manera de entender a Ignacio si de alguna manera en el Cardoner él no hubiera percibido una visión totalizante de un Dios, comunidad de amor, que explica en el mundo por medio de Jesús. Ahí se le iluminó desde lo que le llegó desde fuera.

[De los 2 artículos que os he mandado, el de Díaz Baizán es más sencillo, más pastoral, diríamos. Os invito a que le echéis una ojeada. El de Meloni es genial, pero como es Meloni, se va hasta los padres del desierto y me parece genial. En cuanto tengáis tiempo y humor le hincáis el diente, porque conecta toda la percepción ignaciana del Cardoner con la gran tradición mística. El de Baizán es más accesible, pero qué curioso que a partir del Cardoner Baizán tiene una profunda intuición de decir, bueno, todo esto que acabo de decir de ese Dios Trinidad que nos puede sonar, pero que espero que no, a la radical novedad del Dios que se revela en todo lo acontecido en Jesús, a una percepción de realidad también totalizante, en el fondo, la pregunta que hace Baizán es cómo podemos acceder a ello. O sea, es lo que os decía, que a veces viene esa curiosidad de decir, bueno, pero este hombre ahí que experimentó. Mira, yo no lo sé, yo sé lo que eso decantó después. Ignacio, ahí es cuando decanta lo que llamamos en Ejercicios la *contemplación de la Encarnación*, que me parece una contemplación que nos da la clave para entender muchas dimensiones de estas que estamos viendo.

San Ignacio en el momento invita en los Ejercicios a seguir al Señor, ese Señor que dice, pues si tú quieres venir conmigo, etc., lo que nos presenta es la *contemplación de la Encarnación* y ahí Ignacio tiene una intuición. Quiero decir que Ignacio ahí tiene una intuición carismática notable. Repito que esta contemplación se va pariendo en el contexto de Manresa. Dice Ignacio en la misma contemplación y no en dos distintas, cómo las tres divinas personas, es la primera vez en Ejercicios que Ignacio expresa la Trinidad Santa. Las tres divinas personas, ya digo, imágenes candorosas: sentadas en su sóleo real..., pero la genialidad de percibir las tres divinas personas (que yo esto me lo traduzco ya casi automáticamente en mi lenguaje: que el Dios que se revela en Jesús es un ámbito de compasión) que miran la planicie o redondez de la tierra. Una mirada totalizante, universal. Y mira este mundo complejo, diverso y muy roto. Complejo, diverso y muy roto. Y es verdad, repito, con imágenes

candorosas, pero muy certeras: unos blancos, unos negros, diversidad de trajes, diversidad de lenguas, diversidad de culturas -diríamos hoy; diversidad de situaciones sociopolíticas -unos en paz, otros en guerra; diversidad de situaciones vitales -unos naciendo, unos muriendo, unos sanos, otros enfermos... Ya digo, imágenes muy candorosas, pero muy certeras. Este mundo en su complejidad, este mundo roto y complejo, y la palabra que pronuncia desde siempre y para siempre la Trinidad Santa sobre este mundo diverso, complejo. Ignacio utiliza una imagen muy de su tiempo: que todos podemos marrar la vida, frustrar la vida. Y es verdad, nos podemos perder. Por eso Ignacio dice ahí cómo todos descienden al infierno. Para mí esas imágenes las he de descodificar. O sea, podemos realmente malgastar la vida, podemos perderla. Y ahora el núcleo es, junto con la escucha interior que decía el otro día, este que voy a decir, que la Trinidad Santa mira este mundo roto ,y desde siempre y para siempre pronuncia una palabra de liberación, de sanación, de redención. *Hagamos redención del género humano*. Yo no puedo pasar rápidamente por esto, porque esto ya es una percepción totalizante. Yo no soy tan ingenuo para creer que los cristianos miramos el mundo como un mundo de Dios... Es que no lo doy, por supuesto, es que a mí me parece fascinante como un mundo roto, porque lo hemos roto (no entro ahí en una teología ahora del pecado original), Ignacio no es teólogo, constata. Pero lo que constata es que la palabra que se pronuncia desde siempre y para siempre es una palabra de *sanación, de redención, de liberación*. La espiritualidad de Ignacio no es una espiritualidad de *fuga mundi*, que tendrá su momento de verdad en otros contextos y la historia de la espiritualidad es poliédrica y fascinante. Pero está claro que la espiritualidad de Ignacio a partir de aquí es una espiritualidad en el mundo y para el mundo. Ahora veréis cómo esto lo podéis conectar muy bien con lo que estaba diciendo de discernimiento. Cuando doy ejercicios lo digo bien claro. Yo no doy por supuesto que los cristianos miramos este mundo con entrañas compasivas. Hay muchos ámbitos cristianos y esto a lo mejor pasa por alguna zona de cada uno de nosotros, de mirar el mundo desde fuera y con displicencia. No quiero ahora caricaturizar: hay cristianos que están continuamente irritados con el mundo, cabreados con el mundo. Y aquí hay una confusión de planos tremenda. Es que el mundo está empecatado hasta las cejas, sí, pero ese mundo es el que hay que sanar y recuperar. Y ahí conecta esto con la gran tradición, también judeocristiana. A mí me fascina los relatos míticos de Génesis, cuando después del diluvio la conciencia de Israel se plantea: ¿Es que Dios aborrece la obra de sus manos? ¿Es que Dios se arrepiente de la creación? ¿Recordáis en Génesis 6 cuando se dice que el arco iris os recordará para siempre mi alianza? Y aquí ya se va acentuando una dimensión que es coherente, que es la inquebrantable fidelidad de nuestro Dios. Nuestro Dios no aborrece la obra de sus manos.

A mí este punto de la encarnación me parece nuclear. Yo creo que algo hay ahí, o mucho, de lo que Ignacio experimenta como totalizante. Que ese mundo es el mundo de Dios. Claro, esto le va a llevar a una dimensión que hoy no voy a entrar en ella, porque Ignacio la tendrá que ir madurando, pero que tampoco puedo darlo por supuesto. Cuando tú ves que la Trinidad Santa mira este mundo con entrañas compasivas, con una voluntad de redención, de sanación, es porque la criatura, tú, no eres una extensión de mi yo. La reverencia ignaciana, que allí entraremos porque me parece un punto nuclear y que conectará después hoy también con las grandes tradiciones filosóficas judías *del otro, del rostro del otro*. Tú no eres mío. Tú no eres una extensión de mi yo. El yo es depredador. Ignacio, lo que va teniendo la experiencia, por eso os decía lo de conectar esto con la contemplación, es que el contemplar te

pone en tu sitio. Te abre a dimensiones fascinantes, insospechadas, pero te pone en tu sitio esa pretensión depredadora de tú no eres una extensión de mí yo, y esto me parece fascinante. Es que yo no te puedo maltratar. Ahí viene también una confusión que iremos viendo también como Ignacio la va dilucidando. Y es esa *moralización del hecho cristiano* que es tediosa: “pero es que, Toni, yo tengo que querer a todos”. O sea, los cristianos somos a veces grandilocuentes y pretenciosos. Yo es que quiero a todo el mundo, yo es que tengo que querer a todo el mundo. Oiga, no sea pretencioso. Si usted quiere a todo el mundo, lo ponemos en los museos vaticanos: ‘Aquí el hombre que quiso a todo el mundo’. Hay que querer a todo el mundo, ¿a todo el mundo, hasta los 3000 millones de chinos incluidos? Es que esto es que sale de todo discernimiento, claro, y es que Ignacio es un hombre muy concreto. Yo querer, querer, si es que quiero que las palabras signifiquen algo, a la gente que quiero me caben en los dedos de la mano. ¿Y tú no quieres a tu comunidad? A unos más y a otros menos.

Yo a ti no te puedo maltratar. Porque tú no eres mío, tú eres de Dios. Y desde ahí hay que reconocer que los humanos nos tratamos como auténticos cacharros íntimos. Y esto es experiencia mística, ya lo veremos.

No me digáis cuándo se llega a eso. Cada biografía es..., cuando tú descubres que el otro no es tuyo, sino que es de Dios, ese día te sitúas en tu justo lugar de criatura que dice González Faus. O sea, a ver, es que esa es la conmoción de Ignacio y ahora entenderéis o entenderemos, poco a poco, expresiones de Ignacio en: *todo amar y servir...* En todo es una expresión totalizante. En todo tengo que disponerme.

Entonces, sigo con la contemplación de la encarnación: cómo ese Dios compasivo mira este mundo. Y ahora Ignacio, en la misma contemplación, esa mirada totalizante, la espiritualidad ignaciana, repito, es una espiritualidad mundana en el sentido hondo del término, en el mundo y para el mundo. Nada de lo humano le es indiferente a Ignacio. Ahora a Ignacio, en la misma contemplación, nos presenta cómo ese *hagamos redención*, se concreta en María de Nazaret, en la Anunciación. O sea, a mí esto me parece fascinante de cómo Ignacio percibe lo universal y la concreción particular, cómo esa voluntad de Dios se concreta en el sí de una muchacha, en un lugar insignificante, etc. Y en ese sentido, el relato de la Anunciación y la Encarnación en la espiritualidad ignaciana es irrenunciable. No en todas las tradiciones, ni tiene por qué, en los evangelios igual. No olvidéis que Marcos y Juan ignoran la tradición de la infancia de Jesús, no necesitan por razones que ahora no vienen al caso. Pero en la espiritualidad de Ignacio, que es en el mundo y para el mundo, Ignacio percibe perfectamente como esa voluntad de sanación, de liberación y redención se concreta en lo pequeño y concreto. Y en ese sentido, el relato de la Anunciación, yo estos años llevo dándole vueltas, porque para mí es un relato fascinante, sobre todo en literatura comparada. Sabéis que, en las grandes sagas orientales, cuando los dioses visitan a los humanos, las visitas siempre son violadoras y violentas. Y en la Anunciación, en la icónica Anunciación, respira paz esa escena. No hay violencia, no hay violación de la intimidad de María, en absoluto. Entonces ahí Ignacio está significando mucho. Porque la espiritualidad ignaciana, repito, desde la legitimidad de otras tradiciones, a los jesuitas a veces se nos llena la boca con ello, tendríamos que ser un poquito más modestos, pero es verdad que hay que tener la mirada universal, pero no perder nunca la dimensión de la concreción histórica. ¿Esto lo vio Ignacio en el Cardoner? Pues no lo sé. Yo sé que esto es consecuencia de la percepción del Cardoner. O sea, cuando barruntamos ahí que Ignacio lo vio todo con ojos nuevos, creo que hay mucho

de esto que nos presenta Ignacio en la contemplación de la Encarnación, porque esto marca ya toda una manera de ubicarse. Y ahí es donde Ignacio dice que en la percepción del Cardoner comenzó a discernir y a probar los espíritus buenos y malos y a gustar las cosas del Señor y a comunicarlas.

Comenzó a discernir y probar los espíritus buenos y malos. ¿Qué está diciendo? que lo que Loyola empezaba él a notar y a percibir, en el proceso de Manresa, sin duda con la ayuda de Montserrat, de Chanon, el monje francés, Ignacio va decantando con más nitidez los criterios de discernimiento. Este es el proceso

Y cuando digo con más nitidez es porque, igual que San Ignacio en el primer bloque de criterios de discernimiento...

ESTE PARRAFO NO CONCLUYE: [si algún día os vais al libro de ejercicios, que es clave, pero ya os dije que es un libro que te cae de las manos, es el libro casi que más manía le tengo, aunque parezca contradictorio. San Ignacio, además, decía que no se le dé al ejercitante, qué poco caso hemos hecho. Porque leer el libro de ejercicios es como mirar un calendario. Cuando era pequeño había calendarios de la caja de ahorros en que había una foto de los ingredientes para hacer una paella. Y tenías en la foto la paella, el arroz, el pollo. Bueno, tú puedes estar toda la vida contemplando el calendario, pero si no te animas a cocinar, ya puedes estar..., pues el libro de Ejercicios es lo más aburrido de la historia de la espiritualidad cristiana. No es de fácil manejo, pero y hay mucha sabiduría dentro].

Ignacio ahora da un pasito en cuanto a discernimiento. Fijaros el paso que voy a dar. Así como en Loyola está más preocupado en salir de la desolación, ahí es donde él ve que hay caminos que son viajes a ninguna parte, por eso no quiere volver al vano honor del mundo, etc. O sea, no quedar atrapado en lo que le provoca tristeza y desolación... Pero ahora en Manresa, Ignacio va a dar un paso más en el discernimiento. Porque en Manresa hay un cambio vital. Yo le doy mucha importancia simbólica. A veces son cosas que se pueden leer en claves así, bueno, pues un poco anecdóticas, pero caramba, en los procesos espirituales vitales y en ese contexto son muy claves. Por ejemplo, sabéis que, en Montserrat, estando en Manresa Ignacio al llegar veló armas, como buen caballero, toda una noche ante la Virgen. Y en Montserrat deja el puñal y la espada. Eso no es una anécdota. Que Ignacio deje el puñal y la espada indica a un hombre que, a partir de ese momento, se va a sentir vulnerable. Toda la simbólica que hay detrás del caballero con espada y puñal, en el fondo es violenta y agresiva. Y por eso Ignacio, otro dato en discernimiento, hasta este momento Ignacio no se puede permitir el lujo de tener miedo, porque en los códigos medievales caballerescos el miedo es cobardía. Cuando Ignacio deja al puñal y la espada en Montserrat, al hilo de todo lo que estamos viendo, cambia su percepción y su ubicación en la vida. Ignacio va a tener que ir asumiendo su vulnerabilidad. Por eso, la primera vez que Ignacio derrama lágrimas en la Autobiografía, la primera vez que Ignacio llora (Ignacio hablando en clave mística tuvo el don de lágrimas, es decir, era un hombre llorón, pero enténdmelo bien, es un regalo el don de lágrimas). La primera vez que llora Ignacio en la Autobiografía es precisamente en este momento que está cambiando. A buenas horas un caballero se pone a..., expresa vulnerabilidad.

Cuando Ignacio sube a Manresa a velar armas y a dejar la espada y la al puñal a los pies de la Virgen, él se quitó las vestiduras de caballero y ahí se vistió de sayal y le dio las vestiduras a un pobre. Pero va y resulta que a ese pobre los guardias lo detienen porque creen

que ha robado las vestimentas. Y cuando Ignacio se entera de que han detenido al pobre al que él le dio su vestido, dice que se puso a llorar porque sintió compasión del pobre porque entendió que lo estaban vejando. Aquí algo ha hecho crac en Ignacio por dentro. Yo a esto le doy un tremendo valor. Un caballero con espada y puñal, con toda la simbólica que hay ahí, anclado en códigos caballerescos, no se pone a llorar por un pobre. Ignacio está cambiando la ubicación y sintió lástima y compasión del pobre porque entendió que lo estaban humillando. Ignacio empieza ya a ir barruntando lo que os decía de la dignidad del otro. Pues ahí, en este proceso, Ignacio da un paso más en discernimiento, como nos dice la Autobiografía. Empezó a discernir y probar los espíritus buenos y malos, y a comunicarnos al prójimo con simplicidad, etc. Y es que aquí Ignacio, en discernimiento, da un paso más. Así como cuando Ignacio se está iniciando y en la jerga de Ejercicios Loyola sería la primera semana, aquí empieza ya a hilar fino, empieza a tener ya entendimiento, empieza a caer en la cuenta vitalmente de todo lo que supone. Ignacio ahora nos va a dar criterios de discernimiento que solo comento dos y terminaremos, que me parecen de una finura espiritual impresionante.

Ahora Ignacio va aprendiendo la lección vital. Y estos criterios que ahora voy a comentar que van surgiendo en toda esta experiencia manresana..., Loyola es mudarse contra la desolación: “Mira, por ahí me rompo, vale, pues no me meto”, en cambio ahora ya es de mayor finura y son criterios que no son para todo el mundo. Aquí ya empieza el Ignacio pedagogo, empieza ya también a, poco a poco veréis que va entrando en esa dinámica de lo que está viviendo, atención a esto, lo que yo estoy viviendo puede ayudar a las ánimas. Ignacio se va desensimismando, va a ir percibiendo que esto puede ayudar a las ánimas. Y entonces nos va a dar dos criterios de discernimiento que después, cuando los sistematice, no son para todo el mundo, pero no por elitismo, sino porque Ignacio ha tenido una experiencia propia que no quiere que la gente la repita ni sufra inútilmente, que es el gran criterio de la pedagogía espiritual ignaciana, que a veces olvidamos. Yo olvido a veces y podemos olvidar que, a la gente, si queremos que crezca en el seguimiento del Señor, no hay que darle más de lo que *descansadamente se pueda llevar*. Esto me parece una sabiduría impresionante, no darle más de lo que descansadamente pueda llevar. Bueno, esto con los años uno lo entiende y lo digo como lo siento. Cuántos destrozos a veces en la vida de seguimiento y cuánta gente ha abandonado y ha tirado la toalla, lo digo como lo siento, porque se ha quemado, se ha quemado, punto, se ha quemado. Es decir, cuando tú llevas más de lo que puedes llevar descansadamente, yo entiendo que haya gente que diga, miren, señores, me voy a casa, es que esto no es para mí. Como os decía, esos imperativos... Y esto en todos los estados de vida. Tengo que ser padre de familia, criar a los hijos, estar en el voluntariado, está en el Ampa del colegio. Mire, al final es que no, es que no puedes. Vamos, yo jesuita tengo que ser intelectualmente competente, implicado con los pobres, integrado afectivamente. Esto es imposible, qué quieren que les diga. O sea, fuera bromas, la pedagogía ignaciana es procesual, como en todo. Y esto se ha olvidado por imperativos, por exigencias. Ignacio lo dice bien: no demos más de lo que descansadamente se pueda llevar, sino no se crece. Yo recuerdo que en la vida he hecho de todo, en secundaria, en Alicante, los de BUP, dar religión a los de BUP, que eso es más difícil que explicar cristología en la facultad... Había compañeros que me decían, pero tú a los críos del colegio de la Inmaculada, el de pago, o sea, tú les hablarás de la función social de la profesión. Digo, cómo les voy a hablar a críos de 14 años, que no saben dónde tienen el cuerpo aún, que lo único que les preocupa es que si voy a decir misa al colegio

de Jesús María les lleve las cartitas a las de octavo. ¿Tú crees que estos críos están para que yo les explique la función social de la profesión? Que no es broma. Lo digo porque Ignacio es muy serio en este tema, porque ahora en los criterios de discernimiento, los que voy a comentar, repito, no son para todo el mundo y veréis enseguida por qué, no por elitismo, sino para no meter a la gente problemas que no tiene. Y es que Ignacio sabe, a medida que Ignacio se va ilustrando, y ahora ya hablo de una ilustración que iremos viendo, que le lleva a descubrir la necesidad del estudio también, pero Ignacio en este proceso. Que nosotros también estamos en él. Yo por lo menos lo tengo claro. Es decir, a medida que yo me siento más invitado por el Señor, llamarle la palabra que queráis, a más radicalidad evangélica, a más fidelidad, a más compromiso eclesial, a más compromiso cristiano. Es verdad que nos preparamos más, gracias a Dios, más que los rudos ignorantes, dice Ignacio, que su lenguaje nos despreciativo en el siglo XVI. Nos preparamos más y hacemos cursillos de teología y hacemos cursillos de espiritualidad en el centro Arrupe y leemos. Yo si yo miro los años que llevo a la espalda de estudio, de libros, de retiros, de ejercicios, de tal. Bueno, es impresionante. Entonces Ignacio sabe que cuando nos metemos en un camino de mayor ilustración e Ignacio está entrando por ahí, gracias a Dios. [Aquí aparece el tema del lenguaje] y el lenguaje es territorio de discernimiento. Ignacio, en todo este proceso de Loyola a Manresa va a ser, decía un gran estudioso de San Ignacio, el padre Casanovas, que desapareció la guerra civil, que Ignacio era un terrible analizador de sí mismo. Y es verdad, Ignacio hila muy fino, porque ahora lo que nos va a decir es lo siguiente: ya no es ser consciente de los movimientos de consolación-desolación, sino la pregunta que se hace Ignacio, o la hago yo pedagógicamente, es ¿cómo es que hombres y mujeres que experimentamos la consolación, que vamos experimentando en la vida que el evangelio es buena noticia, que provoca una profunda alegría, que vamos experimentando que el Señor es el tesoro escondido y la perla preciosa, pierdan la alegría? O sea, hay ese sentido de que vas encontrándote vitalmente con la incondicionalidad del amor de Dios sobre tu vida, ese hagamos redención, este sentirte acogido en gratuidad por el compasivo. Esto provoca una profunda alegría, Pues la pregunta que se hace, Ignacio es ¿por dónde se nos diluye la alegría?, que ahí hay más finura espiritual. Ya no es cómo salgo de la desolación, sino ¿por dónde se me diluye la alegría? Y ahora veréis enseguida que esto no es para todo el mundo. Ignacio dice que tiene la experiencia, otra vez, porque esa es una experiencia continua que va a tener y que tenemos, pero que hay ambientes cristianos en que hay que repetirlo, que el don del Señor es la paz, la alegría y el gozo. El don del resucitado es la pacificación, la alegría y el gozo profundo, pero dice Ignacio muy bien dicho, el enemigo, los enredos del mundo -Ignacio es un hombre de mundo, el mal espíritu me quiere triste y turbado. Porque cuando estoy triste y turbado, ya no transmito la alegría del Evangelio, transmito otras cosas. Un Ignacio que ya en la ilustración del Cardoner experimenta esa incondicionalidad del Dios sobre el mundo, inquebrantable fidelidad, no esa experiencia totalizante. Ignacio está apasionado por seguir siendo el peregrino que busca y camina y tal. Ignacio ahora sabe que se va imponiendo un camino yo le llamo de mayor finura, él dirá de *mayor discreción de espíritus*, porque dicho así, formalmente ya no es como me mudo contra la desolación, sino por dónde se me diluye la consolación. Y ahí san Ignacio, dice genialmente para mí, ahí sí que no soy neutral, es genial. Dice que la consolación la perdemos porque el mal espíritu nos enreda, nos quiere tristes y nos enreda con *falsas razones, sutilezas y falacias*. Dicho de otra manera, Ignacio es consciente

que a medida que avanzamos en el seguimiento y nos ilustramos más, más facilidad tenemos para enredar el lenguaje. Esto es así. Esto es previo a Freud. Más facilidad tenemos de enredar el lenguaje con razones aparentes, sutilezas y falacias. ¿Qué quiere decir esto? Pues que Ignacio va percibiendo atemáticamente, porque no ha estudiado teología aún, que hay detrás algo, o un mucho, del mandato evangélico de Mateo en el Sermón del Monte. Si recordáis cuando Jesús habla del juramento. Jesús, como buen judío, dice: no juréis por Dios, no metáis a Dios por en medio. En el fondo sería: no toméis en vano el santo nombre de Dios. No hace falta que juréis poniendo a Dios por en medio, ni por el estrado de su trono, etc. Y ahora es cuando Jesús dice algo que es fundamental en el seguimiento y en el discernimiento, y es como Jesús redime la semántica de las palabras. Que las palabras signifiquen y esto hoy culturalmente es terrible. Dice que vuestro sí sea un sí, que vuestro no sea un no, y todo lo que pasa de ahí es asunto del malo. O sea, ¿qué está diciendo Jesús? Que las palabras signifiquen claridad, sinceridad, llamarle como queráis. A mí esto me parece fundamental, o sea, que vuestro sí sea sí, que vuestro no sea no. A mí esto lo traduzco diciendo, a mí de pequeño me enseñaron, no sé si eso funciona igual, sujeto, verbo predicado. Juan es tonto, María es guapa; sujeto, verbo predicado; pan, pan, vino, vino. Porque Ignacio sabe, como todos sabemos, que cuando se pierde la sencillez en el lenguaje, cuando viene el enredo, se pierde la alegría y la consolación. Esto es verdad. No quiero hacer traducciones baratas, pero en el lenguaje con uno mismo y en el lenguaje con otros. A ver, ¿y esto por qué no es para todo el mundo? Para no meter a la gente problemas que no tiene. Yo a los 12 años que me pasé trabajando, en teología, espiritualidad, sino más en el ámbito marginal, con los muchachos que trabajaba no tenía problema, siempre sabía a qué atenerme. Porque eran maleducados, eran chavales para mí entrañables, pero maleducados, eran del mundo marginal. Eran maleducados, rudos, ignorantes, pobres criaturas. Ahora yo siempre sabía que atenerme. Toni, yo no quiero ir a la escuela este año porque me ha dicho Lolo, su compañero, que la tutora que tengo en clase es una hija de puta. Hombre, habla bien, pero ya te has soltado lo que piensa. Yo sé que con ese crío este año tengo que trabajar especialmente su relación con la tutora. Te has soltado lo que piensa. Yo llevo 50 años de jesuita y me moriré sin saber qué piensan algunos jesuitas. Es que son unos maleducados, sí, pero hablan claro. En cambio, cuando yo entré jesuita lo digo con humor, yo digo: “esta gente no habla como en mi pueblo”. Yo entro en el noviciado, digo, esta gente habla raro: *de suyo, de facto, recto, propiamente, parece ser...*, esto lo digo con humor, pero es en serio. Yo tenía un maestro de vicios que le preguntabas: “¿qué tiempo hace en Zaragoza, padre?”. Vivíamos allá en un monasterio en el monte y contestaba: “depende”. Digo, si yo a un señor le pregunto por el tiempo y contesta, depende, yo ya no sé seguir hablando. Hay mesas de comedor de jesuitas que comer es agotador. Hablo de lo mío, es agotador. Tienes que estar demostrando que sabes del Concilio de Calcedonia. “Oiga, déjeme comer tranquilo los garbanzos”. O sea, tenía un compañero que decía que en insinuar está el arte. Qué agobio, la gente normal no habla así. “He ido a renovar la tarjeta de Asisa, a la calle al seguro, al General Prim número 3”. “No, no, has sido a General Prim número 3, has ido a General Prim 3 bis”. Detrás hay algo mucho de calado y es lo que os decía, el daño que nos ha hecho la perfección. “Yo a este compañero o compañera de la comunidad cristiana jesuita, yo le torcería el cuello, pero yo eso no lo puedo decir que eso es faltar a la caridad”. Y ¿sentirlo? Eso va contra el amor al prójimo. Fuera bromas, entonces: yo sé que le torceré el cuello, pero lo haré a mayor gloria de Dios y ya racionalizaré. Por eso Anthony de Mello, cuando hice

ejercicios con Anthony de Mello, era genial porque nos lo dijo: “en todas las familias y conventos tendría que haber una habitación con fotos de los que te irritan, de vez en cuando ir a esa habitación y echar dardos. Hala, mira, le he dado el cogote”. Somos humanos.

Detrás de esto hay una cosa que la dejo simplemente para que la penséis porque es de calado. Y es que Ignacio va pasando por procesos en que estas cosas del lenguaje él las va barruntando, porque el enredo aflora.

Los modelos de seguimiento de perfección nos han hecho mucho daño. Y estamos viendo en Ignacio que los procesos vitales son más complejos, más apasionantes y más fascinantes. Y el modelo de perfección culturalmente, no hablo solo de la vida consagrada que es la mía, sino que santidad ha habido siempre. Dios me libre de hacer una injusticia a los que me han precedido, santos y santas de Dios los ha habido en todo contexto, pero los modelos de perfección..., que todos tenían que ser perfectos, hombres y mujeres perfectos, de familias perfectas, en comunidades perfectas, la perfecta casada... Eso ha traído más secuelas de las que creemos, porque como todo tenía que ser perfecto, pues venía el enredo. No estoy hablando de pecados ni cosas parecidas.

El enredo, sabéis que los modelos de perfección, por eso no estoy hablando por hablar, porque después esto no sé si lo veremos en un curso de introducción, porque eso sería llamar rizar el rizo, pero después Ignacio cuando funda la Compañía, esto que voy a decir lo tiene tan claro. Otra cosa es que después históricamente las cosas derivan como derivan. Él tiene un documento previo a las Constituciones de la Compañía de Jesús, de *Collegis Fundandis*, en que dice algo tremendo, para mí impresionante. Dice que *la perfección que se adquiere en un monasterio ordenado no es la perfección que yo quiero para Compañía*, porque el jesuita tiene que tratar con buenos y buenas, malos y malas, etc. Francisco Javier escribe cartas a los formadores de Coímbra diciendo que no le manden lo que le están mandando. Porque le están mandando gente buena, pero que incapaz de asumir la realidad en su complejidad.

Uno de los rasgos del modelo de perfección, me estoy inspirando en Drewermann (Eugen Drewermann) y compañía, son las *palabras tabuizadas* (palabras prohibidas, evitadas o censuradas socialmente por considerarse vulgares, desagradables, peligrosas o políticamente incorrectas). Los modelos de perfección tienden a una cierta neurosis obsesiva, a un cierto trastorno obsesivo compulsivo. Y esto me lo tomo con humor, pero con humor en la medida de lo posible, porque lo propio del modelo de perfección es la *supervaloración de los detalles*. Todo tiene que estar a escuadra y cartabón. Después la *resistencia al cambio*. El modelo de perfección, detrás hay un modelo griego, no admite la cantidad, no admite lo imprevisto, no admite lo no programado, no admite lo que desestabiliza. Y el modelo de perfección tiene siempre palabras tabuizadas en un contexto de perfección esto es estructural, hay palabras impronunciables y por eso San Ignacio sabe que la tendencia es a la razón aparente, a la sutileza y a la falacia. Un ejemplo contundente. En un modelo de perfección, hablo de modelo, se puede decir tranquilamente o puedes ser claro sin sutilezas, falsas razones ni falacias para contar éxitos. Ahí puede ser claro: “mi sobrina ha aprobado las oposiciones a notaría; se casa con un muchacho que es ingeniero industrial monísimo, los dos son de comunidades de vida cristiana, se casan en la Basílica de la Virgen y los casa el obispo auxiliar de Valencia”. Ahora, tú di en un ámbito de perfección cristiana, de derechas, de izquierdas, de arriba o abajo, porque cada contexto tiene sus códigos, tu di: “mi sobrina es lesbiana y se ha ido a vivir con su amiga”. O tu di en una comunidad: “mi cuñado está en la cárcel porque maltrataba a mi

hermana y se ha destapado el pastel”. Eso ya... Aquí nos metemos en un territorio que me parece fascinante, que Ignacio aborda, es decir, estamos hablando en plan adulto. Es que hay gente que cuando hablas así te dice no, yo soy muy claro, y yo digo: tú eres un maleducado, que no es lo mismo. No confundamos los planos.

Entonces, en el Cardoner y todo lo que gira alrededor del Cardoner, va a marcar ya la vida de Ignacio. Ignacio, a partir de ahí va a tener una percepción más totalizante. Yo creo que tiene que ver mucho el artículo de Díaz Baizán que os he dado. Creo que sí, que ahí da en el clavo, si alguien quiere barruntar qué es la experiencia de Ignacio de la ilustración del Cardoner, la contemplación de la Encarnación clarifica mucho. A partir de ahí, Ignacio va a entrar en un camino, que es donde daremos el paso siguiente propio de la espiritualidad ignaciana. Es que Ignacio se vaya desensimismando. Ignacio va a entrar en un proceso fascinante de cómo va descubriendo su proceso vital, que todo lo que va viviendo él, pues va descubriendo que puede en su expresión, que para la espiritualidad ignaciana significa mucho pero fuera de contexto es una expresión más, como pasa en todas las tradiciones espirituales, Ignacio, a partir de aquí va a empezar a sentirse con esa llamada interior a *ayudar a las ánimas*, es decir, si esto a mí me está haciendo bien, si me está ubicando en la vida, si me está acrecentando una dinámica vital de sentido, yo esto lo quiero para ayudar a. Y ahí es donde va a empezar Ignacio un camino distinto que le llevará a seguir peregrinando.

Soy de los que creen, porque me han educado así, que para Ignacio la ilustración del Cardoner fue decisiva, un antes y un después. También ha habido momentos en la historia de la espiritualidad ignaciana y de la Compañía que se sobredimensionó esa ilustración. Hay que decirlo todo, sobredimensionarla es que una cosa es que Ignacio lo viera todo con ojos nuevos, Por eso me voy más cara a la contemplación de la Encarnación que a las eclesiologías del XIX, que el Jesús de Galilea ya veía al Vaticano y al Colegio Cardenalicio, pues como si Ignacio en Manresa, el verlo todo, viera ya fundada la Compañía de Jesús. No sé si me explico, perdone usted. Ignacio lo que va a ir viendo aquí es que tiene que ayudar a las ánimas. Todo lo demás irá viniendo poco a poco. Y sobre todo, no olvidemos nunca que en todos estos procesos Ignacio es un laico, no sé si me explico. O sea que eso también es significativo y mucho.